



SOLEMNE INVESTIDURA COMO DOCTORES HONORIS DE
SALVADOR GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ – EMILIO LAMO DE ESPINOSA

Universidad de Salamanca, 11 de octubre de 2012



LAUDATIO DEL DR. PEDRO CORDERO QUIÑONES – PADRINO DEL DR. EMILIO LAMO DE ESPINOSA

Es para mí un gran honor el que, a propuesta del Departamento de Sociología y Comunicación y de la Facultad de Ciencias Sociales, la Universidad de Salamanca, ateniéndose, seguramente, a mi modesta relación discipular –cargada de afecto, admiración y agradecimiento– con el nuevo miembro de nuestro claustro de doctores, me haya encomendado la honrosa y, sobre todo, grata tarea de pronunciar la laudatio del profesor Lamo de Espinosa en esta ceremonia de reconocimiento a una dilatada y fértil trayectoria intelectual y cívica que promete, por lo demás, seguir prolongándose y dar nuevos frutos desde la creatividad y plenitud propias de la edad madura. La labor parece sencilla porque, de una parte, los hechos hablan por sí mismos y, de otra, a quien se le ha encargado relatarlos tiene un singular aprecio por la obra y por la persona del doctorando, de cuyo magisterio se siente infinitamente deudor. Pero, como en cierta ocasión vino a argumentar Jovellanos, en estas circunstancias no es fácil ni que las palabras alcancen con justeza la altura de los hechos, ni lo es tampoco evitar que el empeño encomiástico del orador y su estima hacia el elogiado distraiga al auditorio de los verdaderos méritos de éste. Repasemos simplemente, pues, el itinerario académico y ciudadano del profesor Lamo de Espinosa.

El profesor Lamo de Espinosa, tras estudiar el bachillerato en el Colegio del Pilar, ingresa en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense en la que se doctora con premio extraordinario en 1972 bajo la dirección de Don Joaquín Ruiz Giménez con una tesis sobre filosofía y política en Julián Besteiro, recuperando, así, mucho antes de la Transición, el pensamiento de la más destacada figura del socialismo democrático y reformista español. En ese mismo año 1972 obtiene una beca de la Fundación Juan March y comienza su estancia, que se prolongará hasta 1975, en la Universidad de California, en el campus de Berkeley y en el de Santa Bárbara, donde realiza estudios postdoctorales de Sociología, enseña sociología del derecho y entra en contacto directo con profesores como J. Habermas, A. Cicourel, T. Shibutani, D. Cressey, Th. Wilson o R. Flacks, familiarizándose así, en un momento crucial para nuestra disciplina, con algunas de las más vivificantes e innovadoras líneas de pensamiento de la ciencia social y la teoría sociológica, que posteriormente ha contribuido a introducir en España y que, como veremos, ha ido desarrollando fructíferamente en un sentido original.

En 1975 comienza el profesor Lamo de Espinosa su docencia universitaria en la UNED y en la Facultad de CCPP y Sociología de la Universidad Complutense, ganando en 1978, con el número 1, la oposición a Profesor Adjunto de Sociología. En este periodo publica, entre otras cosas, su libro Juicios de valor y ciencia social y, en 1976, su magnífico artículo sobre el orden

social y jurídico en el funcionalismo con los que, desde una perspectiva propia -afín a la entonces escasamente conocida en nuestro país, sociología crítica norteamericana de C. Wright Mills, L. Coser o A. W. Gouldner- apunta certeramente hacia algunos de los temas centrales del debate que por aquel tiempo está teniendo lugar sobre la crisis de la sociología occidental. Con otros artículos contribuye también a introducir en la escena de la teoría sociológica española las nuevas corrientes de la sociología interpretativa y, muy singularmente, el interaccionismo simbólico, que estaba casi por entero ausente de nuestro ámbito académico. A la vez, continúa elaborando sus reflexiones, y dando a la luz diversas publicaciones al respecto, sobre la teoría de la cosificación y la constitución del hecho social, asunto sobre el que versan tanto la tesis doctoral en Sociología que defiende en 1979 en la Universidad de California Santa Bárbara como, sobre todo, su libro de 1981, en el que lleva a cabo una superación interna del marxismo y de la Escuela de Frankfurt, acudiendo a la teoría comunicativa de la sociedad de Mead e incorporando las nuevas tendencias de la sociología interpretativa -en una línea que apunta a las direcciones tomadas por Habermas, Bernstein o Honneth- para situar en el núcleo de la realidad social la dialéctica del trabajo y la comunicación, con lo que abre nuevos horizontes en el enfoque de los problemas constitutivos de la sociología. Es por aquel entonces cuando tengo la suerte de conocerle y empezar a tratarle en la Facultad de CCPP y Sociología de la Complutense, en la que se convierte en Profesor Agregado y poco después en Catedrático, formando parte de aquella magnífica constelación de profesores de sociología como C. Moya, L. R. Zúñiga, J. Carabaña, R. Ramos, J. E. Rodríguez Ibáñez y B. Sarabia que supieron descubrirnos a los estudiantes nuevas perspectivas teóricas. Brillando con luz propia, el amable, riguroso y amplio magisterio, siempre cercano y estimulante, del profesor Lamo de Espinosa dirigió nuestra atención hacia clásicos en aquel tiempo poco advertidos como Mandeville, Ferguson, Simmel, Sombart, Schütz, Mannheim o Goffman y hacia el pensamiento de importantes figuras contemporáneas como Berger, Luckmann, Cicourel, A. Heller, Watzlawitz, Giddens o Bauman, hacia la sociología de la vida cotidiana (todavía no le he devuelto el libro editado por J. Douglas *Understanding Everyday Life* que me prestó generosamente en la primavera del 82) y hacia la sociología del conocimiento, y nos animó a muchos a perseverar en nuestra vocación teórica, impulsando la realización de tesis doctorales y, con su guía y ejemplo, la investigación de terrenos inexplorados.

Hacia fines de 1982 el profesor Lamo de Espinosa es nombrado Director General de Universidades y en 1985 Secretario General del Consejo de Universidades. Desde estos puestos contribuyó decisivamente a la génesis e implantación tanto de la Ley de Reforma Universitaria de 1983, que supuso un hito determinante en la modernización de la universidad española, como de la Ley de Ciencia de 1986 que sentó las bases para el intenso desarrollo de la investigación científica española en los veinticinco años posteriores. Tras el paso por estas actividades, el profesor Lamo de Espinosa se encarga en 1987 de la puesta en marcha del Instituto de Estudios Sociales Avanzados del CSIC y entra a formar parte del Research Committee del Instituto Universitario Europeo de Florencia. Compatibilizándolo con sus tareas universitarias, de 1988 a 1992, ejerce como vicepresidente del instituto de investigación social privado Burke-Emopública, dirigiendo numerosos estudios de mercado y opinión e implantando el primer servicio existente en España de entrevistas asistidas por ordenador. Además de integrarse en comités de diversas instituciones (Consejo Superior de Estadística, European Institute of Education and Social Policy) y formar parte de los consejos editoriales de importantes revistas

como la Revista de Occidente, Sistema, Contemporary Crisis, la Revista Española de Investigaciones Sociológicas y la Revista Internacional de Sociología, el profesor Lamo de Espinosa actúa como asesor del Comisario para el Pabellón de España en la Expo 92, haciéndose cargo de la coordinación del programa de actividades culturales de tal Pabellón, entre las que me parece especialmente oportuno destacar aquí, en la capital académica del español, el Congreso de la Lengua Española de 1992, el llamado congreso cero, uno de los principales pasos en la promoción internacional del idioma de Nebrija y Fray Luis. Esta intensa actividad pública de nuestro nuevo doctor “honoris causa” no impidió que prosiguiera con su trabajo teórico y su infatigable ritmo de publicaciones. Por lo pronto, culmina la edición crítica de las Obras completas de Julián Besteiro. En 1989 ve la luz su libro Delitos sin víctima, singular contribución a la sociología criminalística que refleja su espíritu liberal y su perspicacia empírica. También aparecen durante este período diversos artículos de teoría sociológica que profundizan en los problemas ya enunciados en su libro de 1981. Y, sobre todo, en 1990, da a la prensa su obra seminal La sociedad reflexiva, que no sólo se anticipa con su tratamiento del tema de la reflexividad social a autores tan renombrados como Giddens o Beck, sino que, además, plantea con originalidad y vigor las cuestiones fundamentales acerca de la naturaleza del conocimiento social y de su papel en la propia constitución de la sociedad y, en particular, en la sociedad hipermoderna. Por si esto fuera poco, contribuye, además, a la consolidación de la sociología del conocimiento en nuestro mundo académico con notables publicaciones sobre su historia y estatuto teórico y con la divulgación del pensamiento de Karl Mannheim. Y, con una especial sensibilidad, emprende igualmente, en destacados trabajos, la recuperación de la poco conocida historia de la sociología española.

En 1993 es nombrado director, cargo en el que permanece hasta 2001, del Instituto Universitario Ortega y Gasset, que durante su mandato se convierte en el mayor centro español de postgrado y en el de más amplia resonancia internacional e iberoamericana en el ámbito de las ciencias sociales. En este periodo, el profesor Lamo de Espinosa conjuga su labor organizativa en el IUOG y su labor docente en este centro y en la Facultad de CCPP y Sociología de la Complutense con una incansable actividad como articulista de prensa y como conferenciante, impartiendo seminarios y cursos en numerosas universidades y centros de investigación españoles y extranjeros, como la Universidad de Lovaina, la Universidad de Rosario, la UNAM, la Academia de Ciencias Húngara, la Universidad de París VI o la Universidad de California en San Diego. Además de todo ello, de formar parte del patronato de distintas fundaciones y de intervenir en múltiples foros nacionales e internacionales, el profesor Lamo de Espinosa se ocupa en esta época - como siempre, por cierto lo ha hecho- de lo que, a mi modo de ver, constituye uno de sus méritos más notorios, es decir, institucionalizar la sociología e investirla ante la opinión pública del crédito que merece en la España de nuestros días. Así, funda el grupo de teoría sociológica de la Federación Española de Sociología y promueve sus reuniones periódicas, se integra en el Consejo del Centro de Investigaciones Sociológicas, actúa como asesor editorial para ciencias sociales de algunos de los sellos más importantes de España y afirma, mediante su propia presencia y prestigio en numerosas instituciones y ágoras de diverso tipo, el valor de nuestra disciplina para la sociedad. Junto a esto, continúa con su trabajo intelectual en sus ámbitos de especialización: fruto de ello son el libro sobre Problemas de la teoría social contemporánea que junto con J.E. Rodríguez Ibáñez, edita en 1993 y en el que se incluye su interesantísimo capítulo sobre la interacción reflexiva, el primer gran texto español

sobre la sociología del conocimiento y de la ciencia, que, en colaboración, publica en el año 1994, diversos artículos sobre teoría sociológica, metodología de las ciencias sociales e historia de la sociología española que ven la luz a lo largo de los años 90 y su obra Sociedades de cultura, sociedades de ciencia que, con su aguda teorización y su análisis pionero de la sociedad del conocimiento, le vale la obtención del Premio Internacional de Ensayo Jovellanos en 1996. Mención especial merece su labor en la coordinación, junto a Salvador Giner y Cristóbal Torres, del Diccionario de Sociología de 1998, la obra más consultada en nuestra lengua sobre la materia y al que, por otra parte, contribuye con un significativo número de entradas. Además, en esta época dirige su atención al diagnóstico de los procesos de modernización, postmodernización y, en general, cambio en la sociedad contemporánea, producto de lo cual son, además de abundantes artículos, sus libros sobre el multiculturalismo y España entre dos siglos. Y es también durante estos años cuando lleva a cabo el primer gran estudio empírico sobre la imagen de España en el mundo.

En 2002 es nombrado director del Real Instituto Elcano de estudios estratégicos e internacionales, primer think tank de nuestro país, cuya concepción, génesis y consolidación debe atribuirse casi por entero a nuestro doctor honoris causa. Desde esta institución, a cuyo frente se mantiene hasta 2005, se emprenden innumerables estudios sobre el lugar de España en el mundo y sobre el nuevo orden internacional, se editan influyentes boletines de información elaborada por equipos interdisciplinares de especialistas académicos y diplomáticos y se desarrollan importantes acciones para la promoción de la imagen de nuestro país gracias a la iniciativa y dedicación del profesor Lamo de Espinosa. Éste, a la vez, conciliando lo anterior con sus tareas de profesor, mantiene también viva su intensa actividad como articulista, divulgador, dinamizador de la vida cultural, conferenciante y estudioso, orientado, principalmente, hacia las problemáticas de la globalización, la extensión de la modernidad a escala mundial y la constitución de una sociedad planetaria de nuevo cuño, fruto de lo cual son, por ejemplo, su obra Bajo puertas de fuego: el nuevo desorden internacional o su Europa después de Europa de 2010. Pero, además, el profesor Lamo de Espinosa ha seguido en los diez últimos años entregando su esfuerzo al desarrollo de la sociología en todos los sentidos; no me refiero sólo a su presidencia de la Federación Española de Sociología durante el periodo 2007-2010 y a su papel como alma del grupo de teoría sociológica, sino también a sus contribuciones intelectuales bajo la forma de importantes investigaciones sobre temas capitales de la teoría sociológica, sobre la sociología de la sociología, sobre la sociología española, sobre la globalización cultural y sobre la sociedad del conocimiento. Miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes desde 2008, poseedor de la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio y de la Orden de las Palmas Académicas de la República Francesa, académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la que ingresa en 2010 con un soberbio discurso, el profesor Lamo de Espinosa ha regresado en 2012 al Real Instituto Elcano, ahora como Presidente de la institución, y continúa con su labor docente en la Universidad Complutense. Veintidós libros señeros, más de ciento cuarenta monografías científicas, cientos de colaboraciones periodísticas, incontables conferencias, cursos y seminarios, son parte, junto con los resultados de sus tareas institucionales y de su actividad en la esfera pública, de los frutos que hasta ahora ha rendido su trayectoria como hombre de ideas, de cuya lucidez y productividad brotarán en lo sucesivo nuevas aportaciones

Todas estas contribuciones obedecen a una singular coherencia de pensamiento y valores, acorde con una personalidad activa y responsable y congruente con un modo consecuente de entender el papel social del intelectual en general y del sociólogo en particular. Ya desde sus primeras obras, se advierte en el profesor Lamo de Espinosa lo que, a mi juicio, constituye un hilo conductor permanente: una concepción liberal y reformista de la sociedad, entendida no como un leviatán cósmico, un sistema asfixiante, sino como un espacio posibilitador de la libertad, a su vez, edificado por la interacción y la comunicación humanas y susceptible de convertirse en una auténtica sociedad abierta. La sociología aparece, así, como la autoconciencia social, el conocimiento en sentido amplio y no la mera descripción o predicción tecnocráticas, que mediante una tarea infinita y recurrente se encamina a eliminar la opacidad de los procesos sociales y a alcanzar el mayor grado posible de transparencia sobre nuestra vida colectiva, condición fundamental de su autodeterminación.

Son, a mi modo de ver, estas convicciones las que laten tras la incorporación de las nuevas sociología interpretativas –el interaccionismo simbólico, la sociología fenomenológica, la etnometodología, la sociología cognitiva y otras- en su horizonte teórico y tras la meritoria introducción de las mismas en nuestro panorama académico. Con ellas lleva a cabo una fecundación de la teoría crítica que le permite reformular la noción de la realidad social, vista como un ámbito de interacción reflexiva en la que los procesos comunicativos permiten, junto con el trabajo, la simultánea constitución de la sociedad como hecho a la vez objetivo e intersubjetivo. Este descubrimiento le conduce a alcanzar al profesor Lamo de Espinosa su concepto de reflexividad social en el que, entre otras cosas, la sociedad aparece como un espacio en el que el conocimiento social desempeña un papel constitutivo y en el que la ciencia social no representa un sistema paralelo de descripción, sino, como todo otro conocimiento, un factor constitutivo de la propia vida social.

Pero si el conocimiento es un elemento constituyente de la vida social, habrá de estudiarse su doble vínculo con la realidad social, esto es, no sólo como producto sino como agente: de ahí el interés del profesor Lamo de Espinosa por la sociología del conocimiento y de la ciencia, por la sociología de las instituciones que los producen y por el estudio del impacto del conocimiento sobre la sociedad. Si a ello se añade la fundada convicción de que en la sociedad moderna ese impacto ha sido determinante en los procesos de cambio social y de que en nuestros días el conocimiento es la fuerza productiva, el estructurante social por excelencia y el agente de innovación permanente en todos los planos de la vida social no es de extrañar el énfasis de nuestro doctor honoris causa en el análisis de la sociedad del conocimiento. Una sociedad del conocimiento que, por cierto, se extiende a escala planetaria como consecuencia y, probablemente, como uno de los principales desencadenantes de los procesos de mundialización. Y todo esto obliga a amplificar la mirada sociológica más allá de las sociedades locales y nacionales para entender la nueva realidad de la humanidad y para ser capaz de apreciar el lugar que ocupan, el papel que juegan y la propia realidad interna de esas sociedades nacionales. De ahí que a la hora de diagnosticar la sociedad española o los procesos de cambio en la sociedades actuales, el profesor Lamo de Espinosa haya extendido su perspectiva hacia los fenómenos sociales globales.

La tarea de la ciencia social hoy vendría, pues, a ser, incrementar el autoconocimiento de la sociedad y, con ello, convertirse a su vez en un factor de construcción de la propia sociedad del conocimiento. Y en este sentido, el profesor Lamo de Espinosa, con una admirable congruencia, ha dedicado buena parte de su esfuerzo a erigir la ciencia social en un actor relevante en la configuración de la esfera pública y de la propia sociedad del conocimiento. Amén de sus investigaciones, de su labor docente y de su activa participación en el soporte institucional de la sociología española, el profesor Lamo de Espinosa se ocupado incansablemente de esa transferencia de conocimiento que el intelectual ha de llevar a cabo tanto dentro como fuera de los límites disciplinares. Su labor como editor, como promotor de encuentros, como ensayista que se dirige a todo el público culto, como articulista, participante en foros económicos, políticos e institucionales de diverso tipo y como conferenciante más allá de los círculos académicos, son, sin duda, una importante contribución efectiva a esa autoconciencia social que ejerce su efecto en la configuración de la sociedad del conocimiento. Pero aún hay más: en la edificación de la sociedad del conocimiento resulta imprescindible consolidar y crear instituciones productoras de conocimiento. Y esta es otra labor que el profesor Lamo de Espinosa ha afrontado con energía. Tanto en el plano político y de la gestión pública, con su labor en la reforma de la universidad española, como en el plano de la sociedad civil, con su decisivo papel en la fundación y dirección de centros de postgrado y de instituciones de largo alcance como la que ahora preside, el profesor Lamo de Espinosa ha cumplido con la misión social autoimpuesta a la que su propia visión de la ciencia social y la sociedad abre las puertas.

La Universidad de Salamanca, camino de su octavo centenario, debe sentirse orgullosa de recibir en su claustro de doctores a una de de las más destacadas personalidades de la ciencia social española, un universitario en el sentido más pleno, que, además, ha hecho suyas de manera singularmente consecuente las obligaciones intramundanas del intelectual. Mediante el estudio, la investigación, la enseñanza y la comunicación, pero, también, mediante la acción práctica propia de quien es auténticamente consciente de su responsabilidad pública ha contribuido al desarrollo teórico de la sociología, al diagnóstico de los procesos de cambio en las sociedades avanzadas, a la institucionalización de la sociología en España y al incremento de su presencia en múltiples esferas, a la formación de la opinión pública, a la dinamización de la vida cultural, a la gestación de importantes centros de trabajo intelectual, a la política de transformación de la universidad española y a la proyección de la imagen de España. Y todo esto lo ha hecho con una extraordinaria naturalidad y sobriedad, aplicando un envidiable sentido común, con un talante cordial y abierto, con un estilo claro y elegante y desde una amplitud de miras, una lucidez y una sutileza intelectual que ejemplifica maravillosamente lo que Pascal llamaba esprit de finesse.

He dicho

Es un universitario. Muchas gracias.